

VERSO SOBRE LIENZO

MIGUEL
HERNÁNDEZ



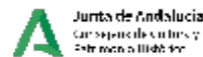
RAFAEL
ZABALETA

VERSO SOBRE LIENZO

ORGANIZA



COLABORAN



Colección Castaño Lasasa-Zabaleta
Colección Alejandro Sánchez-Rico. Madrid-Valencia.

CREDITOS



VERSO SOBRE LIENZO

Rafael Zabaleta (1907-1960), un pintor por vocación y de férrea voluntad modernizadora, sin duda uno de los creadores más notables y excepcionales del arte español de posguerra, y un poeta, Miguel Hernández (1910-1942), una de las voces más auténticas y poderosas de la poesía española de todos los tiempos, nos desvelan con este diálogo, nuevas perspectivas, emociones y mensajes entrecruzados entre sus obras.

La relación simbólica que aquí se establece entre la poesía de Hernández y la pintura de Zabaleta, hace que los versos del primero parezcan iluminar, descubrir y descifrar el universo pintado por el segundo, lo que otorga una nueva dimensión a la contemplación visual de la obra zabaletiana. Al mismo tiempo, estas pinturas parecen enriquecer visualmente y personificar con especial intensidad el contenido de los versos del poeta.

Este relato es una re-creación, pues, son las obras de estos dos genios la raíz de este diálogo figurado en el que la participación de cada visitante con su mirada particular, lo convierte en un verdadero coloquio.



Sabe:

Que me iré, como el sendero,
muy melancólicamente,
muy pálido, muy ligero

y que será muy temprano...

Tal vez no esté todavía el sol en el meridiano.

Si queréis el goce de visión tan grata
que la mente a creerlo terca se resista,
si queréis en una blonda catarata
de color y luces anegar la vista,

si queréis en ámbitos tan maravillosos
como en los que en sueños la alta mente yerra
revolar, en estos versos milagrosos,
contemplad mi pueblo, contemplad mi tierra.

Que un cuadro de tantos puros horizontes,
raras hermosuras y soberbias galas,
otearéis alzados a los magnos montes
de la fantasía que os nacerán alas.

Barrios pintorescos con olor a establo
súrcanla en confuso laberinto ameno,
y plazuelas blancas con algún retablo
de una Virgen cándida o un Cristo moreno.

Hondos callejones y ásperas callejas
con el brujo encanto de los andaluces,
porque tienen morar y floridas rejas,
sombras transparentes y furiosas luces.

¡ Contemplad mi tierra... Mágicos jardines
de belleza henchidos, verdes la circundan;
músicas la ofrecen plúmeos clarines;
flores, resplandores y aromas la inundan.

Se citaron los dos para en la plaza
tal día, y a tal hora, y en tal suerte:
una vida de muerte
y una muerte de raza.

Dentro del ruedo, un sol que daba pena,
se hacía más redondo y amarillo
en la inquietud inmóvil de la arena
con Dios alrededor, perfecto anillo.

Fuera, arriba, en el palco y en la grada,
deseos con mantilla.
Salió la muerte astada,
palco de banderillas.

Presentimiento

Contemplad

Contemplad

Citación -fatal



Autoretrato



Arrabal de Quesada



Ciudad del sur



Los toros

Ayer llovió...Corriose la fúlgida cortina
del agua bienhechora con sus sonantes flecos...
Bufó de gozo el pecho la gente campesina
-Miradas turbias y hoscas y oscuros rostros secos-.

“La siembra podrá hacerse... Las nubes agua arrojan...
La faz de los barbechos como un espejo brilla;
los surcos en sus vientres de tierra fresco alojan;
¡serán un latido verde bien pronto la semilla!”

Ayer llovió... Triunfaron las aguas en las lomas
y una oda cristalina dijeron los barrancos;
las auras expandieron selváticos aromas;
los montes se vistieron de trajes-nieblas-blancos.

Cuando los campesinos van por la madrugada
a favor de la esteva removiendo el reposo,
se visten una blusa silenciosa y dorada
de sudor silencioso.

Vestidura de oro de los trabajadores,
adorno de las manos como de las pupilas,
por la atmósfera esparce sus fecundos olores
una lluvia de axilas.

El sabor de la tierra se enriquece y madura:
caen los copos del llanto laborioso y oliente,
maná de los varones y de la agricultura,
bebida de mi frente.

Estas llagas que llevo boquiabiertas
en mis pies y mis manos son de frío
que me ataca la piel al escampío
y abre a mi sangre dolorosas puertas.

A estos ojos inmóviles y alertas
la soledad les dio su señorío
y este ceño pacífico y umbrío
es de mirar las nubes y las huertas.

Esta altura la cumbre me la ha dado
esta pureza el aire de la aurora,
este color la luz de los enveros,

esta pobreza, Dios, y este cayado.
Y, esta manera dulce, una pastora
que ilumina el perfil de mis oteros.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastros,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Lluvia

El sudor

Señales de vida

El niño yuntero



Paisaje de Quesada



Composición con figuras y paisaje



Viejo campesino



El zagal y la liebre

Lo que haya de venir, aquí lo espero
cultivando el romero y la pobreza.
Aquí de nuevo empieza
el orden, se reanuda
el reposo, por yerros alterado,
mi vida humilde, y por humilde, muda.
Y Dios dirá, que está siempre callado.

Todas las casas son ojos
que resplandecen y acechan.
Todas las casas son bocas
que escupen, muerden y besan.
Todas las casas son brazos
que se empujan y se estrechan.
De todas las casas salen
soplos de sombra y de selva.
En todas hay un clamor
de sangre insatisfechas.
Y a un grito todas las casas
se asaltan y se despueblan.
Y a un grito, todas se aplacan,
y se fecundan, y esperan.

¡Cuántos siglos de aceituna,
los pies y las manos presos,
sol a sol y luna a luna,
pesan sobre vuestros huesos!

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
pregunta mi alma: ¿de quién,
de quién son estos olivos?

La cantidad de mundos
que con los ojos abres,
que cierras con los brazos.

La cantidad de mundos
que con los ojos cierras,
que con los brazos abres.

El silvo de afirmación en la aldea

<<Todas las casas son ojos>>

Aceituneros

<<La cantidad de mundos>>



Serranos



El hombre, la mujer y la moza



Aceituneras



Formas en tierras de secano

Rueda que iras muy lejos. Pasión del movimiento,
 Ala que iras muy alto. la tierra es tu caballo.
 Torre del día, niño. Cabálgala. Domínala.
 Alborear del pájaro. Y brotará en su casco
 Niño, ala, rueda, torre. su piel de vida y muerte,
 Pie. Pluma. Espuma. Rayo. de sombra y luz piafando.
 Ser como nunca ser. Asciede. Rueda. Vuela,
 Nunca serás en tanto. creador de alba y mayo.
 Galopa. Ven. Y colma
 el fondo de mis brazos.
 Eres mañana. Ven
 con todo de la mano.
 Eres mi ser que vuelve
 hacia su ser más claro.
 El universo eres
 que guía esperanzado.

Ríe, que todo ríe: que todo es madre en este
 amanecer, por donde la luna se ha quedado
 igual que tú, sumida, transfigurada, agreste,
 lejana, silenciosa, flotante: hacia otro lado.
 Nunca tan parecida tu frente al primer cielo.
 Todo lo abres, todo lo alegras, madre, aurora.
 Vienen rodando el hijo y el sol. Arcos de anhelo
 te impulsan. Eres madre. Sonríe. Ríe. Lloro.

Este paisaje sin mantel de casa
 gris, ¡ay, casi ninguno en accidentes!:
 Los pastos pobres..., la colina escasa
 de trigo..., los cristales no corrientes...,
 sólo al final, frustrando el gris, en masa,
 colores agradables a los dientes,
 enconan el paisaje de destellos,
 y se obra un cigüeñal de ávidos cuellos.

Pintada, no vacía:
 pintada está mi casa
 del color de las grandes
 pasiones y desgracias.
 Regresará del llanto
 adonde fue llevada
 con su desierta mesa
 con su ruinosa cama.
 Florecerán los besos
 sobre las almohadas.

Y en torno de los cuerpos
 elevará la sábana
 su intensa enredadera
 nocturna, perfumada.
 El odio se amortigua
 detrás de la ventana.
 Será la garra suave.
 Dejarme la esperanza.

<<Rueda que irás muy lejos>>



La vieja y la niña

19 de diciembre de 1937



Maternidad

Mesa pobre



Bodegón del botijo y los pepinos

Canción última



Interior y paisaje

Murmuran que hablo muy poco,
alma, los que nada saben
de nuestros largos coloquios.

Una querencia tengo por tu acento,
una apetencia por tu compañía
y una dolencia de melancolía
por la ausencia del aire de tu viento.

Paciencia necesita mi tormento
urgencia de tu garza galanía,
tu clemencia solar mi helado día,
tu asistencia la herida en que lo cuento.

¡Ay, querencia, dolencia y apetencia!
Tus sustanciales besos, mi sustento,
me faltan y me muero sobre mayo.

Quiero que vengas, flor desde tu ausencia,
a serenar la sien del pensamiento
que desahoga en mí su eterno rayo.

Tus cartas son un vino
que me trastorna y son
el único alimento
para mi corazón.

Desde que estoy ausente
no sé sino soñar,
igual que el mar tu cuerpo,
amargo igual que el mar.

Tus cartas apaciento
metido en un rincón
y por redil y hierba
les doy mi corazón.

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme, paloma,
que yo te escribiré.

Cuando me falte sangre
con zumo de clavel,
y encima de mis huesos
de amor cuando papel.

Te me mueres de casta y de sencilla:
estoy convicto, amor, estoy confeso
de que, raptor intrépido de un beso,
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,
y, desde aquella gloria, aquel suceso,
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente
el pómulo te tiene perseguido,
cada vez más potente, negro y grande.

Y, sin dormir estás, celosamente,
vigilando mi boca ¡con qué cuido!
para que no se vicie y se desmande.

A mi alma

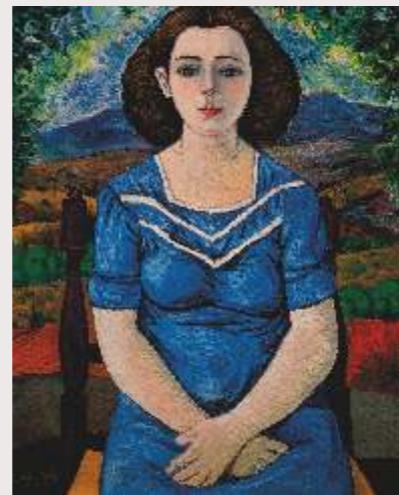
<<Una querencia tengo por tu acento>>

Tus cartas son un vino

<<Te me mueres de casta y de sencilla>>



Joven sentada



Mujer sentada



Desnudo de mujer sentada



El beso

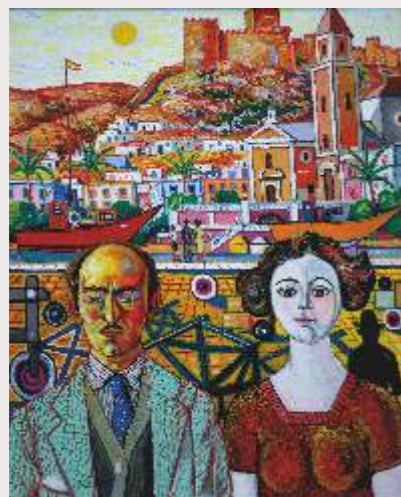
El amor ascendía entre nosotros
como la luna entre las dos palmeras
que nunca se abrazaron.

El íntimo rumor de los dos cuerpos
hacia el arrullo un oleaje trajo,
pero la ronca voz fue atenazada,
fueron pétreos los labios.

El ansia de ceñir movió la carne,
esclareció los huesos inflamados,
pero los brazos al querer tenderse
murieron en los brazos.

Paso el amor, la luna, entre nosotros
y devoró los cuerpos solitarios.
Y somos dos fantasmas que se buscan
y se encuentran lejanos.

<<El amor ascendía entre nosotros>>



Figuras en el paisaje

Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío:
claridad absoluta, transparencia redonda.
Limpidez cuya entraña, como el fondo del río,
con el tiempo se afirma, con la sangre se ahonda.

No hay más luz que tu cuerpo, no hay más sol: todo ocaso
Yo no veo las cosas a otra luz que tu frente.
La otra luz es fantasma, nada más, de tu paso.
Tu insondable mirada nunca gira al poniente.

Yo no quiero más luz que tu sombra dorada
donde brotan anillos de una hierba sombría.
En mi sangre, fielmente por tu cuerpo abrasada,
para siempre es de noche: para siempre de día.

<<Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío>>



La escuela

Eres la noche, esposa: la noche en el instante
mayor de su potencia lunar y femenina.
Eres la medianoche: la sombra culminante
donde culmina el sueño, donde el amor culmina.

Daré sobre tu cuerpo cuando la noche arroje
su avaricioso anhelo de imán y poderío.
Un astral sentimiento febril me sobrecoge,
incendia mi osamenta con un escalofrío.

El aire de la noche desordena tus pechos,
y desordena y vuelca los cuerpos con su choque.
Como una tempestad de enloquecidos lechos,
eclipsa las parejas, las hace un solo bloque.

Hijo de la luz y de la sombra I. Hijo de la sombra



Nocturno de la pareja